

1. LA REGIÓN DE ESTUDIO

1.1. La región de los Chenes en el contexto peninsular

El área maya, que ocupa el sureste de México (Tabasco, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo) y los países centroamericanos de Guatemala, Belice y Honduras, para su estudio se ha dividido en tres zonas: el norte, el centro y el sur (Thompson, 1975). La zona sur está conformada por una serie de mesetas en un territorio de tierras altas que además incluye la franja costera del Pacífico; la zona central es de tierras bajas y con bosque tropical húmedo, mientras que al norte se extiende una zona plana pero más seca, por lo que la cubre una vegetación más baja y espinosa en su porción más septentrional (Martin y Grube, 2002). Esta diferencia geográfica ha servido de base también para una clasificación entre tierras altas y tierras bajas, que a su vez coincide con una división entre las lenguas de las tierras altas y bajas, siendo además un reflejo de las diferencias de los estilos arquitectónicos entre ambas zonas (*ibid.*). La zona norte geográficamente abarca la mayor parte de la península de Yucatán, conformada por los estados mexicanos de Campeche, Yucatán y Quintana Roo, parte del Petén guatemalteco y parte de Belice. Esta gran área, que fisiográficamente se caracteriza por ser una planicie kárstica de origen geológico reciente, guarda una marcada correspondencia con la distribución actual del idioma maya yucateco (Morley, 1972; Clark, *et. al.*, 1994), condiciones que le confieren cierta homogeneidad ambiental y cultural. En este contexto, el presente estudio considera a esta zona como una unidad geográfica con características culturales e históricas comunes, cuyos pueblos comparten una cosmovisión y una concepción del lugar y el papel del ser humano en el mundo. A partir de ello ha sido posible proponer que las ideas sobre el cuerpo humano y la salud de los médicos tradicionales de los Chenes son parte de la visión del mundo de los mayas peninsulares.

Como hice mención en el capítulo introductorio, aunque mi investigación se centró en la región de los Chenes, he incluido información recabada de médicos tradicionales de localidades tanto del estado de Campeche como de Yucatán con la intención de proporcionar un panorama actual sobre el uso simbólico del cuerpo y la persona en las prácticas y rituales de sanación de los mayas peninsulares. En este contexto sobresale el hecho de que los Chenes, ubicada en la porción norte del estado de Campeche (figura 1.1.a), es una región

que durante siglos (desde la época colonial hasta el presente) ha guardado una estrecha relación de tipo político, comercial y de parentesco con poblados de la parte suroccidental del estado de Yucatán: Oxkutzcab, Tekax, Tikul, Mayapán y Maní, entre otros. Estos lazos históricos, como mostraré en este trabajo, se expresan de manera muy particular en concepciones sobre la cosmovisión y la geografía étnica ritual¹ de la región.



Figura 1.1.a. Ubicación de la región de los Chenes en el estado de Campeche y la península de Yucatán (modificado de Hirose, 2003).

Así, los Chenes conforman una región con rasgos geográficos como culturales característicos dentro del área maya. Con una topografía típicamente accidentada y con elevaciones menores, los yacimientos de agua se encuentran a profundidades que van entre los 40 y los 400 metros (Ortega Aranda, 2003: 123), condición de la cual se ha derivado el

¹ Retomo aquí el concepto acuñado por Boege (1996) a partir de sus investigaciones de los rituales agrícolas mazatecos.

nombre de la región (en maya yucateco *che'en* significa pozo) así como de varios de sus poblados como Hopelchén, Bolonchén, Dzibalchén, Becanchén, Komchén y Pakchén, entre otros (figura 1.1.b).

Las estadísticas del INEGI (Censo Nacional de Población y Vivienda) muestran que para el año 2000 el municipio de Hopelchén (que corresponde a la región de los Chenes) contaba con 31, 220 habitantes, el 4.52% de la población del estado, distribuidos en una superficie de 7,460 kilómetros cuadrados, lo que nos da una densidad de 4.18 habitantes por kilómetro cuadrado (EDUCE, 1999). La ciudad de Hopelchén es la cabecera y el principal centro de población, siguiéndoles Iturbide y Bolonchén en segundo y tercer lugar de acuerdo a su tamaño. El 92% de los poblados tiene menos de mil habitantes, según datos del municipio para 1999 (*ibid.*).

La naturaleza y sus recursos forman una parte esencial en la vida de las comunidades mayas de los Chenes, razón por la cual es necesario incluir algunos datos básicos sobre el medio ambiente de la región. En cuanto al clima se refiere predominan dos tipos climáticos, ambos dentro del régimen de los cálidos subhúmedos. Uno de ellos, de condiciones más secas y con lluvias en verano, se ubica en la porción norte del municipio, mientras que al sur encontramos otro régimen un poco más húmedo, pero con lluvias en invierno. Las lluvias se presentan entre mayo y octubre y la temperatura media anual es de 26 °C (*ibid.*). En relación a la fisiografía, sobresale la naturaleza calcárea de los suelos, que provoca la inexistencia de corrientes superficiales de agua, la cual se infiltra en el subsuelo para formar corrientes subterráneas. En algunas zonas bajas el agua se concentra para formar “aguadas” o lagunas, las cuales son utilizadas como fuente de abastecimiento durante la temporada de secas. Las condiciones climáticas y edáficas de la región limitan la actividad agrícola a las partes en donde hay concentración de suelos y a la disponibilidad de lluvia durante la temporada, haciendo necesaria la perforación de pozos para el riego de los cultivos durante el ciclo de invierno.

Los tipos de vegetación que encontramos en la región van desde selvas bajas caducifolias hasta medianas subperennifolias, distribuyéndose de norte a sur de acuerdo al gradiente de humedad, que se incrementa en este mismo sentido. La abundancia de especies maderables, otrora uno de los principales recursos naturales de la región, ha ido decreciendo durante las últimas décadas debido a la sobreexplotación en primer término de

las llamadas preciosas como el cedro (Cedrela odorata L.) y la caoba (Swietenia macrophylla G. King), llevando a la explotación alternativa de especies de menor valor como el guayacán (Guaiacum sanctum L.), tzalam (Lysiloma bahamense Benth.), pucté (Bucida buceras L.), chechém (Metopium brownei [Jacq.]), etc.

En cuanto a las actividades económicas, durante el siglo XIX y hasta mediados del XX, la región estuvo dedicada principalmente a la extracción de chicle, situación que sufrió un cambio drástico en los años 50 con el desplome de la actividad chiclera por la introducción de materiales artificiales para la elaboración de goma de mascar. La explotación forestal, también iniciada desde el siglo XIX, continúa hasta la fecha, aunque bajo condiciones cada vez menos favorables debido a la mala administración del recurso así como a condiciones de mercado desventajosas para los productores (Schüren, 2003).

Actualmente las actividades productivas se han diversificado hacia la agricultura, la avicultura y los cítricos, mientras que la apicultura se ha ido consolidando gracias a los esfuerzos de los productores para mejorar la calidad de la miel y con ello colocarse en el mercado de exportación.

Los escasos apoyos gubernamentales para la producción agropecuaria han orillado a los ejidatarios a rentar sus tierras a los menonitas y los caciques de la región, situación que además de reducir el riesgo por una mala cosecha, permite a los dueños beneficiarse con los apoyos del PROCAMPO.

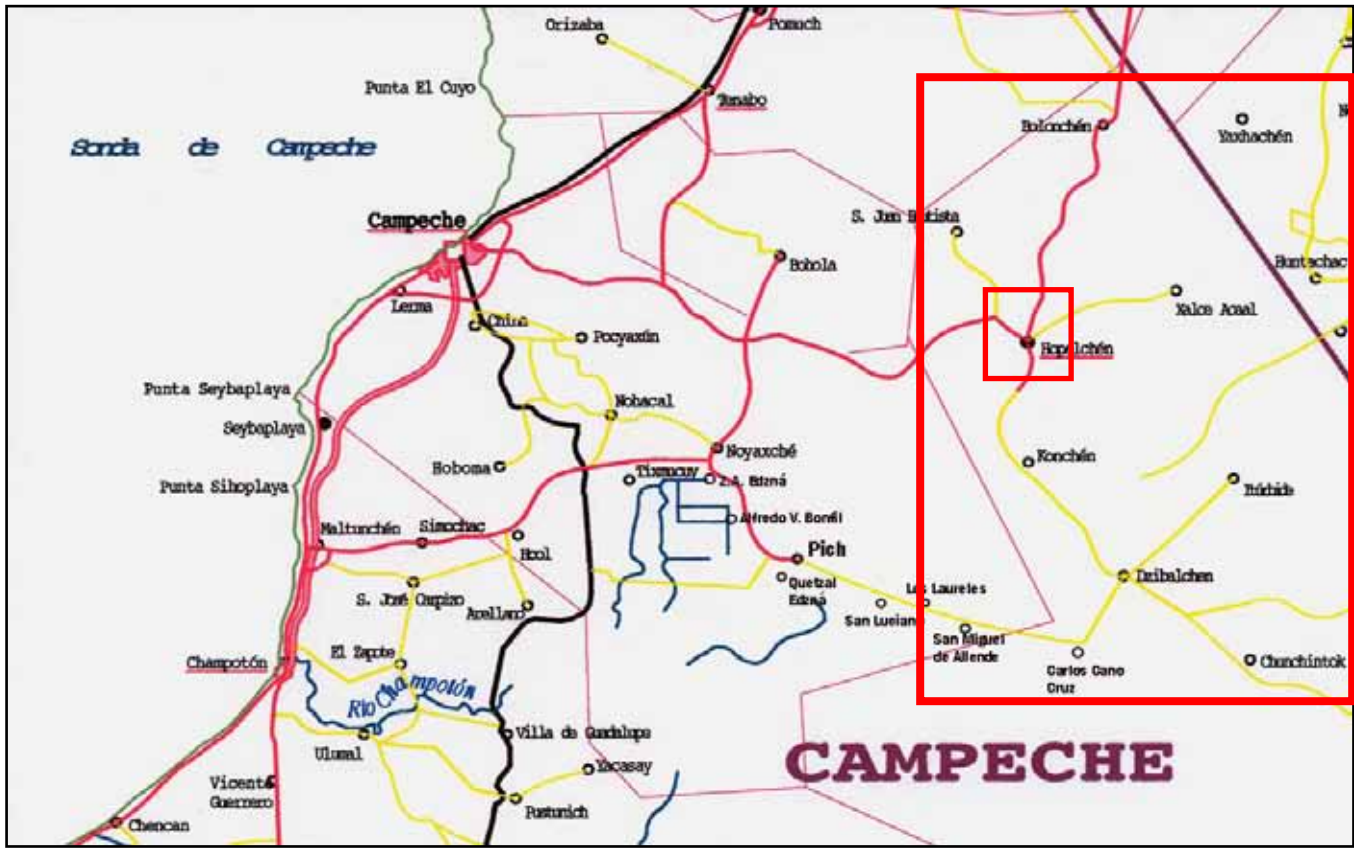


Figura 1.1.b. Hopelchén y la región de los Chenes.

1.2. La arquitectura prehispánica en la región de los Chenes

A pesar de que este trabajo no pretende ser una investigación de tipo arqueológico, he querido abordar a grandes rasgos este campo del conocimiento sobre la historia de los mayas de la península de Yucatán con la intención de proporcionar un panorama que permita contextualizar el uso ritual que hoy en día aún le dan los sacerdotes mayas de los Chenes (así como de otras localidades de Campeche y Yucatán) a los sitios y las piezas arqueológicas, considerados por ellos mismos como lugares y objetos con vida, ya que las “ruinas” son “como una persona” (JDO), en donde residen los “espíritus” de los “antiguos” que resguardan las “hierbas” medicinales que dejaron sus ancestros. En este contexto sobresale la continuidad en el uso de los símbolos, como elementos esenciales en las

prácticas y rituales de sanación de los médicos tradicionales mayas de varias localidades de la península.

La reconstrucción de la historia de los mayas ha sido un proceso complejo y lleno de incógnitas en el que las nuevas ideas van cuestionando y en algunos casos desechando a las viejas ideas. Los resultados de las exploraciones arqueológicas durante la primera mitad del siglo XX, llevaron a investigadores como Morley a hacer planteamientos como la existencia de un supuesto vacío entre los grandes centros del Petén guatemalteco (con Tikal como su mejor expresión) y los del norte de Yucatán (con Chichén Itzá y Uxmal como sitios de “primer orden”), conformando un “territorio de marginalidad (y) de historia menor” (Velázquez y Nalda, 2005: 32). El tan discutido “colapso” maya con el que concluyó el período Clásico, asociado a un proceso civilizatorio basado en un desplazamiento general (tanto de ideas como de personas) de sur a norte (*ibid.*), son también ideas sobre las que se elaboró la historia de los mayas. Sin embargo, los hallazgos arqueológicos de los últimos años en la porción central de la Península de Yucatán, el sur de Quintana Roo y Belice (que conforman este supuesto territorio “marginal”) han revelado la existencia desde el Clásico Temprano de grandes centros de población, iguales en tamaño a las grandes urbes del Usumacinta, el Petén y el norte de Yucatán, llevando a los estudiosos de la cultura maya a repensar la historia de esta civilización, a reconsiderar la idea de una historia común basada en la homogeneidad de su cultura material y proponiendo un nuevo esquema basado más bien en la existencia de grandes centros regionales con procesos autóctonos de desarrollo (*ibid.*). Otra idea desde hace tiempo puesta en duda (Carrasco y Boucher, 1985) y ahora prácticamente desechada, es la regionalización de los estilos arquitectónicos con sus áreas de dispersión correspondiendo a entidades políticas relativamente autónomas. Ejemplo de ello es el estilo Chenes, uno de los principales estilos arquitectónicos del Clásico Tardío y caracterizado por las portadas zoomorfas, cuya notoria presencia en sitios tan alejados del centro de su desarrollo como Ek´ Balam, en el noreste de Yucatán, han llevado a pensar que los estilos arquitectónicos de la zona maya no son sino la expresión material “de la compleja red de relaciones, interacciones y alianzas que establecieron las capitales políticas de esos tiempos” (Velázquez y Nalda, 2005: 35).

Uno de los aspectos que a lo largo de su historia han definido a la región de los Chenes es la presencia de un estilo arquitectónico propio, perteneciente a la última etapa de

ocupación hacia fines del período Clásico de la época prehispánica (Clásico Tardío: 550-1000 d.n.e./Williams-Beck, 2003).

La región de los Chenes se encuentra enclavada en la porción central de la península de Yucatán, en un territorio vasto que arqueológicamente incluye, además de la mencionada, otras dos regiones conocidas como Río Bec, Puuc, así como una zona intermedia denominada Chenes-Puuc (Andrews, 1999, fig. 1, p. 248). Este gran territorio (que de aquí en adelante denominaré con este término, mientras que a las áreas correspondientes a los distintos estilos arquitectónicos, me referiré como “regiones”) se delimita al norte por la Sierrita de Ticul, separándola de la gran planicie que se extiende hasta las costas septentrionales de la península; al oeste su límite queda aproximadamente a los 90° long. O, el límite sur cae por la base de la península, muy cerca de la frontera entre el estado de Campeche y Guatemala, mientras que al oriente el límite parece ir no más allá de los 88° 30’ (*ibid.*). La superficie total ocupada por este territorio abarca alrededor de 32,000 km². Además de presentar una o más formas arquitectónicas y elementos decorativos (que a continuación esbozaré) exclusivos para cada región, sobresale un alto nivel de homogeneidad en las construcciones de cada estilo arquitectónico, que hace pensar en un orden socio-político que ejercía el control sobre qué, dónde y cómo construir (*ibid.*). Dada la naturaleza del presente estudio no pretendo ahondar en los aspectos de la arqueología de este territorio, sin embargo, como mencioné anteriormente, algunos elementos que son comunes para los tres estilos arquitectónicos aún perviven como símbolos en los rituales mayas propiciatorios y de sanación, por lo que primeramente haré una breve descripción de cada estilo, para después, en un apartado posterior (capítulo 5), ahondar en el probable significado simbólico de algunos de sus elementos, en el contexto de la cosmovisión y la medicina tradicional mayas.

La región de Río Bec se ubica al sur del estado de Campeche, con una “zona central” en el núcleo conurbado de Xpuhil-Becan-Chicanná. El nombre dado a la región ha sido atribuido a Maurice de Perigny, el primer arqueólogo en explorar algunos sitios en 1906-07 (Andrews, 1999). La característica arquitectónica más evidente del estilo Río Bec son los edificios bajos y alargados, con torres que sobresalen del techo y flanquean la fachada principal. Estas torres son masivas y al parecer con funciones únicamente religiosas, es decir no residenciales (Gendrop, 1983; Piña Chan, 2003a). La siguiente característica, tal vez tan

importante y notoria como la primera, son las portadas zoomorfas² (Foto 35), con sus dos variantes: “integrales” y “parciales”, interpretadas como representaciones de varias deidades mayas (Gendrop, 1983, 1985). En ambas variantes hay un mascarón superior y se distinguen por la presencia, en las primeras, de fauces serpentina que bordean la puerta de entrada y se extienden hacia el frente, a ambos lados de la plataforma de acceso (Gendrop, 1983). En las portadas “parciales”, el diseño es más sencillo y el mascarón superior se combina con cascadas de mascarones, generalmente idénticos y representados de perfil (*ibid.*). Un tercer elemento característico del estilo Río Bec es la presencia de paneles con figuras de dameros y cruces sobre la fachada principal, a ambos lados de la puerta (Gendrop, 1985; Piña Chan, 2003a).

Hacia el norte de Río Bec, la región de los Chenes, con una superficie aproximada de 3,800 km² (Andrews, 1999) se extiende en un paisaje dominado por sabanas separadas por colinas y otras elevaciones menores (Piña Chan, 2003a). A pesar de haber terrenos fértiles, la ausencia de fuentes de abastecimiento de agua probablemente hizo de la región un sitio poco propicio para ser habitado durante tiempos prehispánicos, situación que se refleja en una menor densidad de sitios arqueológicos (Andrews, 1999), comparada con otras con mayor densidad como el Puuc occidental (Williams-Beck, 1999). Conviene aclarar aquí que a pesar de que la región de los Chenes se le conoce precisamente por la presencia de pozos (de *che'en* = pozo, en maya yucateco), son muy escasos los que fueron construidos por los mayas prehispánicos, además de ser poco profundos y por lo mismo no constituían una fuente segura de abasto del vital líquido durante la época de secas (*ibid.*). La mayor concentración de elementos arquitectónicos con métodos constructivos y acabados decorativos que caracterizan el “estilo” Chenes se ubica en lo que actualmente es el municipio de Hopelchén (Williams-Beck, 2001). A pesar de que estos elementos permiten identificarlo como un “estilo particular”, al parecer pertenecen a las últimas etapas de ocupación de la región de los Chenes durante el período Clásico Tardío (550-1000 d.n.e.), siendo el horizonte Clásico el período de auge político, económico y cultural de la región, así como de mayor concentración de población (Gendrop, 1983; Andrews, 1985; Williams-Beck, 1999, 2001).

² Dada la importancia del significado simbólico de estas portadas, en relación con la cosmovisión y los rituales de los mayas actuales, ahondaré en un capítulo posterior en su descripción e interpretación.

La arquitectura de los Chenes comparte con la de Río Bec la presencia de portadas zoomorfas que bordean la puerta central, junto con mascarones zoomorfos parciales en las puertas de las alas del piso inferior (Williams-Beck, 2001; Gendrop, 1983; Piña Chan, 2003a), mientras que las torres adosadas a los edificios al parecer adquieren un carácter más funcional (Carrasco y Boucher, 1985) que el meramente decorativo o simbólico. Otros elementos arquitectónicos característicos son las plantas arquitectónicas y fachadas tripartitas (Gendrop, 1983; Williams-Beck, 2001; Piña Chan, 2003a/ Fig. 3.2.a), así como las torres rectangulares aisladas, exclusivas de la región de los Chenes (Piña Chan, 2003a), que Gendrop (1983:144-145) denomina “torres emblemas” (Foto 36). En cuanto a la decoración de las fachadas es característico el uso de mascarones de frente o de perfil, arreglados en las esquinas (Foto 37), formas serpentinadas estilizadas, volutas y grecas (Piña Chan, 2003b). Otra característica interesante de esta región es la escasez de juegos de pelota, tan característicos en otros sitios del área maya peninsular (Williams-Beck, com.pers.).

Entre la región del estilo Chenes y la del Puuc se encuentra una franja intermedia que presenta elementos combinados de ambos estilos³ (Andrews, 1985). Alrededor del año 850 d.n.e., poco tiempo después de que las culturas de Río Bec y Chenes se hubieron eclipsado, se cree que se inició un flujo de influencias de estilos de norte a sur, cuando la cultura del Puuc alcanzó su máximo florecimiento. Un ejemplo de esta posible influencia de estilos hacia el sur lo tenemos en Santa Rosa Xtampak, considerado como un sitio arqueológico con elementos combinados de los estilos Chenes y Puuc (Fig. 1.2.a).

El estilo arquitectónico del Puuc, el más conocido y estudiado, está presente en una región de gran riqueza arqueológica, con más de 200 sitios, la mayoría de ellos concentrados en una zona nuclear (Andrews, 1999), en lo que se conoce como la ruta Puuc (Uxmal-Kabah-Sayil-Labná).

³ Esta franja fue propuesta por Andrews (1985) como una zona de transición “Chenes-Puuc”, sin embargo la fundamentación que presenta no es lo suficientemente consistente como para tomarla como tal, por lo que en este trabajo se le considera simplemente como un área intermedia con elementos de dos zonas adyacentes, el Chenes y el Puuc.

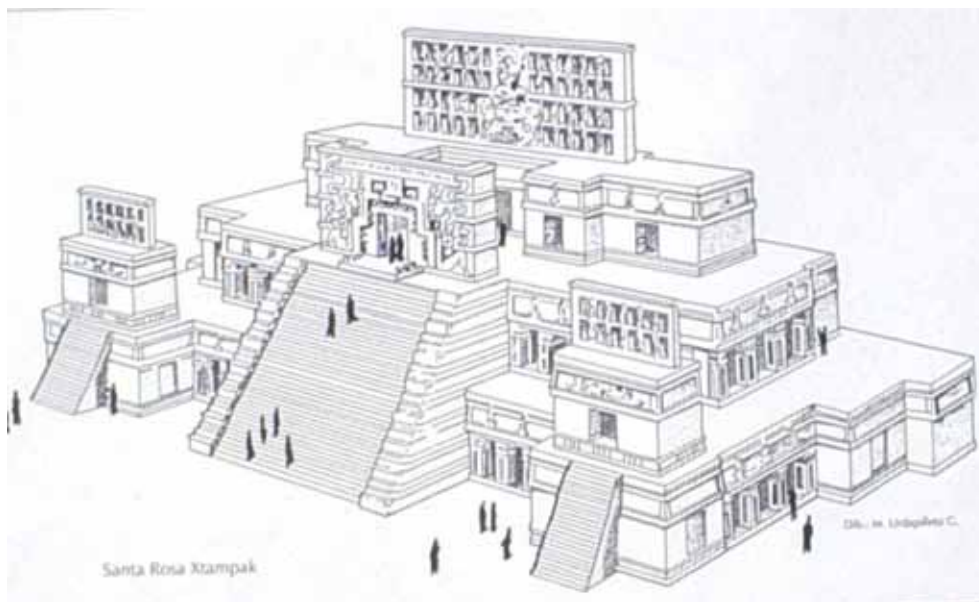


Figura 1.2.a. Edificio principal de Santa Rosa Xtampak (tomado de Piña Chan, 2003a).

Los elementos característicos del estilo Puuc son la presencia de edificios bajos y rectangulares, con estructuras agrupadas formando cuadrángulos alrededor de patios o plazas. Las edificaciones por lo general están formadas por dos molduras, con una faja intermedia decorada con tamborcillos (Piña-Chan, 2003b). El estilo se distingue sobre todo por la ornamentación de los frisos (espacios entre la moldura media y la cornisa), con una gama de motivos entre los que sobresalen como elemento diagnóstico los “junquillos” o “columnillas”, en ocasiones realzados con “ataduras” (Gendrop, 1983). El estilo Puuc también presenta mascarones de dioses narigudos, en algunos casos con elementos de tradición cultural compartida Río Bec-Chenes-Puuc, como el ojo en espiral, la nariz prominente, las volutas que emergen de la comisura de la boca, los colmillos por encima del dintel y el adorno superior de la orejera (*ibid.*).

Ahondando sobre el estilo Chenes, correspondiente a la región de mayor interés para el presente estudio, a pesar de la homogeneidad arquitectónica señalada, existe una heterogeneidad evidenciada por la cerámica, las evidencias arqueológicas, las formas de los conjuntos arquitectónicos y su distribución en el paisaje cultural (Williams-Beck, 1993, 1999),

a partir de lo cual en el horizonte Clásico el área de los Chenes al parecer fue una región compartida por grupos o facciones políticas, con estructuras de rango similares y orígenes distintos (*ibid.*), idea que esta misma autora refuerza posteriormente mediante un estudio de la arquitectura cromática pública (Williams-Beck, 2001). Dentro de esta heterogeneidad socio-cultural es posible identificar sitios con vínculos más cercanos con asentamientos hacia el oriente y el sur (región del Río Bec), caracterizados por la presencia de portadas zoomorfas y cerámica doméstica con características particulares; y otros sitios con vínculos con las tierras bajas del noroeste y norte, es decir el Puuc occidental y oriental, caracterizados por los conjuntos de acceso restringido (espacios no domésticos destinados a rituales grupales) y una cerámica doméstica con otras características (*ibid.*). En este contexto, aún se discute si la región de los Chenes y su estilo arquitectónico pueden considerarse expresiones sub-regionales dentro del más amplio territorio central de la Península de Yucatán (Potter, 1977, citado por Andrews, 1999), señalado anteriormente, o bien si se trata de una región cultural separada, vinculada a la vez que distinta de la región del Río Bec (Gendrop, 1983; Andrews, 1985).

A pesar de la riqueza de representaciones simbólicas expresadas en diversos elementos arquitectónicos, en particular los decorativos, los estudios de interpretación de la iconografía son escasos para la región de los Chenes. Gendrop (1983) ofrece en su obra unas primeras interpretaciones, incluyendo algunas relativas a los portales zoomorfos, mientras que Linda Schele (1998) incluye a los Chenes en un estudio sobre la iconografía de las fachadas en la arquitectura maya. Williams-Beck (2001), en su citado estudio sobre la arquitectura cromática pública, ofrece nuevas interpretaciones iconográficas de las portadas zoomorfas así como de otros elementos decorativos en las tapas de bóveda y las fachadas. Sosa (1986), por su parte, aporta conceptos sobre el orden astronómico de los mayas que permiten hacer nuevas interpretaciones.

Entre los elementos iconográficos que encontramos en la región de los Chenes, los mascarones de perfil son de amplia distribución en toda la zona maya, remontándose el origen de algunos de sus elementos hasta la llamada “fase Izapa”, a fines del Preclásico (300 a.n.e. a 150 d.n.e.; [Gendrop, 1983]). Estos mascarones, originalmente interpretados como representaciones de *Chaak*, también identificado como el Dios B de los códices (según la clasificación de Shelhas), en realidad corresponden a diversas deidades, de acuerdo a

características específicas de los elementos que los componen, anteriormente soslayados por las trompas o narices prominentes que llaman tanto la atención (Williams-Beck, 2001). A partir de estos nuevos análisis iconográficos se ha encontrado que las diferencias en los motivos que aparecen en las diademas que coronan los mascarones, como conchas, flores o esferas, la forma de la nariz y los ojos, así como atributos de aves o saurios, es posible identificar a tres deidades: el mencionado dios B o *Chaak*, el dios D o *Itzamná* (con sus dos variantes, con atributos de ave o de serpiente), y el dios K, identificado con la deidad *K'awil* o el dios *Ah Bolon D'zacab* (Stuart, 1987, citado por Stone, 1995; Williams-Beck, 2001). Carrasco y Boucher (1985), por su parte, proponen que son diversas representaciones de *Itzamná*, la deidad identificada con la clase dominante durante el período Clásico.

Las representaciones del dios K, junto con el dios E (deidad del maíz), pintadas en color rojo sobre tapas de bóveda de algunas estructuras monumentales (“palacios” y edificios con portadas zoomorfas), han sido señaladas como un elemento característico de la región de los Chenes (Williams-Beck, 2001). El color rojo alude a la sangre, el oriente y el renacimiento, así como al sacrificio y al linaje (Schele, 1985, citada por Williams-Beck, 2001), y es el mismo color con el que estaban pintadas las fachadas, sugiriendo que este tipo de arquitectura pública estaba asociada a la memoria colectiva de los ancestros, sobre la base de ciertos linajes o facciones políticas que como hemos dicho caracterizaron la cultura maya clásica de los Chenes (Williams-Beck, 2001). La interpretación que se le ha dado a las cascadas de mascarones como una alusión a los antepasados y su origen dinástico además de ritual (Gendrop, 1983), refuerza esta idea sobre la función de estos lugares de culto.

Abundando sobre el simbolismo del dios *K'awil*, es un concepto asociado a una energía de tipo ancestral, una fuerza espiritual de los antepasados, una “substancia” que provee la divinidad para sustentar la vida, la fuerza espiritual de la sangre (Faust, 1998: 635), así como con las fuerzas que sostienen la vida, como la lluvia, el trueno, la fertilidad y el maíz, siendo considerado también como el patrono de los linajes de las dinastías (Williams-Beck, 2001). Como Dios K, este ser divino simboliza la encarnación de la fuerza espiritual en los objetos materiales (Freidel, et al., 1993; de la Garza, 1999). En la bibliografía disponible no hay un consenso en cuanto a la interpretación de este concepto por lo que probablemente los antiguos mayas consideraron que existía algún tipo de energía o fuerza que provenía de sus ancestros y que también le infundía vitalidad al cuerpo humano. Existe también la

posibilidad de que el concepto de *K'awil*, por estar relacionado directamente con una deidad de culto reservado para la élite gobernante, no haya logrado sobrevivir a la dominación española y que solamente hoy en día permanezca a través de objetos ceremoniales simbólicos como las cabezas de hacha, utilizadas en rituales asociados a la sangre y la reproducción (Faust, 1998), o las hachas ceremoniales, en ambos casos asociadas a la representación del dios K como un hacha o “Cetro Maniquí” (Stone, 1995).

En el contexto de la iconografía de los Chenes, las **portadas zoomorfas** ocupan un lugar especial dado el profundo simbolismo tanto a nivel de conjunto como de sus partes. Sin embargo, su adecuada interpretación requiere considerar tanto el contexto en el que se encuentran los edificios como las funciones que pudieron haber tenido (Williams-Beck, 2001). En el capítulo 5 retomaré este elemento iconográfico de la arquitectura maya ya que constituye una pieza clave en la interpretación de la cosmovisión que subyace el complejo ritual maya de sanación.